

AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

1. CIERVO AMILCAR PICCINI

SELECCIÓN DE TEXTOS
DE AUTORES
IBEROAMERICANOS



Amilcar Piccini

CIERVO



Ciervo

Con las pocas fuerzas que la mantenían despierta logró abrir la puerta corrediza de la camioneta y cayó de bruces al suelo húmedo. Amortiguar el golpe le fue imposible: llevaba las manos atadas y el efecto de las drogas que se veía obligada a ingerir a diario todavía estaba latente en su esquelético cuerpo. Una punzada de dolor le latía en el antebrazo derecho y en un par de costillas. El dolor más dulce que había sentido jamás. Se animó a sonreír, no recordó la última vez que lo había hecho.

Se irguió lentamente y sintió como las piernas le temblaban; no comprendía si de frío o de miedo. Cuando al fin pudo quitarse la sucia venda que cubría sus ojos, corroboró que se hallaba en medio de unas callejuelas angostas que parecían abandonadas, los altos pastizales que decoraban la carretera daban testimonio de ello. Iba vestida con unos harapos mugrientos y su cabello despedía un hedor repugnante. Se quitó unos mechones de pelo suelto que colgaban de su rostro y por un segundo creyó que alguien se acercaba detrás; la oscuridad era tan negra que la envolvía y la sumergía en

lo más profundo de esa quietud terrorífica. Le susurraba al oído, le decía que no iba a salir con vida de allí. Que la iban a matar. Miró alrededor conforme la visión se le acostumbraba a la falta de luz. Las muñecas le escocían producto de la soga que las sujetaba, probó con desatar el nudo y un ardor le recorrió los dedos. Giró en sí misma y observó deliberadamente la camioneta cuyos faroles le sonreían. Se acercó en búsqueda de algún utensilio que le fuera útil para liberar sus manos. Sus pensamientos solo acogían la posibilidad de que el conductor estuviera muerto. «Que lo haya matado, que el accidente lo haya matado por favor». Pensó.

A paso de hormiga y en el afán de querer hacer el menor ruido posible se acercó a la parte delantera de la camioneta. El parabrisas estaba destrozado y retazos de sangre recorrían el vidrio junto a las escobillas. El capó parecía haber recibido varios martillazos. Se hizo ilusión al pensar en que la sangre podía pertenecer al hombre que la condujo hasta allí. Su esperanza se desvaneció por los aires al divisar a un par de metros de la camioneta al animal muerto. Era un ciervo corpulento y macizo, cuyo pelaje marrón cenizo ataviado por unas manchas rojizas que bajaban por su lomo y se mezclaban con la tierra fría dibujaba la escena de un

modo aterrador. Los ojos muertos y la cornamenta desfigurada completaban la imagen del trágico final del animal. Una parte de ella la empujaba a acercarse y acariciarlo. Quizá entre susurros darle las gracias. No lo hizo, abrió la puerta del vehículo y se deslizó dentro. Presionó el botón de la luz interior pero no encendió, tiritaba de terror. A gatas y en medio de la oscuridad buscó en cada recoveco posible. Al llegar a la guantera encontró un cúter de plástico con la hoja levemente oxidada que utilizó para cortar la soga que inmovilizaba sus manos. Los dedos entumecidos, hinchados y provistos de un color violáceo horrible, comenzaron a recuperar el movimiento perdido por la atadura.

Por primera vez pensó que sería incapaz de salir con vida de ese lugar. Se acarició el pelo y se tomó el rostro con ambas manos; sentada en el asiento vacío del conductor se quebró en un llanto. La cabeza le iba a explotar, le dolían las piernas, le dolían los brazos. Le dolía el alma.

Se incorporó y tomó el volante. Giró la llave entre sollozos y lágrimas, pero la camioneta no arrancó. Volvió a girar la llave y nada. Abrió la puerta y regresó a la carretera. Caminó arrastrando los pies como una anciana que ha dejado atrás las ganas de vivir. No sabía

hacia donde se dirigía, estaba exhausta. Gimió de dolor y se retorció en sí misma, se agarró el vientre y contuvo el vómito que le subía hasta la garganta. Odiaba vomitar, se desmayó.

Abrió los ojos pegoteados en un esfuerzo inhumano. Se asustó al ver una figura que se hallaba parada junto a ella, la observaba atentamente. Era un hombre alto y viejo. Las arrugas que contorneaban sus ojos daban cuenta de ello. Tenía una mirada cálida y preocupada.

—Gracias a Dios. Pensé que estabas muerta — dijo, inclinándose hacia ella y acercándose un poco mientras alumbraba alrededor con una linterna.

—¿Quién sos? ¡Hijo de puta! ¡No me toques! ¡No te acerques! —gritó la chica tirando cachetadas al aire como queriendo matar a mil mosquitos.

—Tranquila... No quiero hacerte daño —dijo el hombre, que ahora retrocedía unos pasos y movía las manos en un ademán que rogaba calma, con la mirada fija en la muchacha.

—¡No te me acerques! —volvió a repetir ella mientras se arrastraba hacia atrás empujándose con las piernas —. ¿Quién sos? ¡Qué me hiciste!

El hombre la seguía mirando con tristeza. Probó con tenderle una mano.

—Tranquila. Atropellar a un animal por esta zona es de lo más común. Pasa todo el tiempo.

La chica no le creyó. El dolor y las náuseas a esa altura eran indescriptibles.

—Yo, yo no atropellé al ciervo —respondió en un hilo de voz entrecortado—. Llama a la policía. Te lo pido por favor. ¡Llama a la policía!

El hombre se sobresaltó e intentó calmarla.

—El teléfono está en mi casa. Puedo llamar desde ahí, puedes venir conmigo y en el camino me vas contando que fue lo que te sucedió —dijo con la mayor amabilidad que pudo ofrecer.

—Bueno —respondió ella, casi por instinto. Como un perro que busca refugio de la lluvia en cualquier sitio.

—Mi auto está cerquita de acá. No es muy cómodo, pero es preferible antes que andar a pata.

Ahora que lo escuchaba hablar un poco más, notó en el hombre un acento extraño.

—¿Dónde estoy? —preguntó nerviosa.

El hombre la observaba desconcertado. La expresión en su mirada evidenciaba la completa

confusión que tenía. Parecía no entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Acá es la selva misionera. A un rato del Paraguay nomás —afirmó.

Las lágrimas iniciaron nuevamente el ritual. Se deslizaron y navegaron por su rostro hasta llegar a la punta de la nariz; donde se detenían un segundo y caían al siniestro abismo, surcando el aire gélido y derritiéndose en los pastizales instalados en la sombría ruta que conoció gracias a un infortunio accidente. No fue capaz de imaginarse el lugar donde se encontraría si el animal no aparecía de forma intempestiva por aquella carretera desértica. Se estremeció en un hilo de angustia. La desazón era total. Quiso gritar y llorar y volver a gritar. Por un momento se preguntó cuántas no habrían corrido con su suerte, cuántas no habrían quedado en el camino como ella.

AMILCAR PICCINI



Amilcar Piccini tiene 27 años. Nació en la ciudad de Gualeguaychú, Provincia de Entre Ríos, Argentina. Hace 10 años vive en la ciudad de La Plata, Buenos Aires, en donde egresó como abogado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en el año 2019.



Título: Ciervo.

Autor: Amilcar Piccini.

Edición digital Hoja en Blanco: julio, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY—NC—ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

